**DOS DAGAS**

En una mesa de una taberna olvidada tres hombres fijan su mirada sin levantar la voz. En otras mesas, veinte almas trataban de escuchar, en vano, su conversación. El lugar estaba bien escogido y el tabernero bien pagado. Verían cuanto quisieran ver pero esa noche no cobrarían por obtener información.

“Con gusto pago los buenos servicios mas a cambio de maravedíes tres cosas pido yo: sinceridad, lealtad y valor. No contrataré a nadie en quién no pueda confiar. Deseo conocer vuestro nombre y vuestra historia antes de comenzar”.

“Vos pagáis, vos mandáis” –replicó el que ya peinaba canas en frente y en la barba–. Mi nombre hace tiempo que lo enterraron con lo mejor de mí pero por aquí todos me conocen por “dos dagas”.

Una tan sólo veo ¿por qué hablan todos de dos?

Espero que nunca tengáis que ver la segunda –dijo el tercer hombre, esbozando una media sonrisa aunque velara con su sombrero negro la mayor parte de su cara–. Sería lo último que contemplarían sus ojos. Pues es, de hecho, lo último que ven sus enemigos.

Como decía –continuó el anciano aunque no viejo–, todos me conocen por “dos dagas”. Mercenario soy desde antes de tener uso de razón. Nunca supe quiénes fueron mis padres y una cuadrilla me adoptó y cuanto sé me enseñó.

Y puedo afirmar que no he visto hombre mejor con el pequeño filo –dijo el varón que ocultaba su rostro–.

Todavía te queda mucha Iberia por ver, muchacho –dijo dos dagas–. Una noche me contrataron esos que con toda razón llaman los usurpadores. Mi alma estaba ya podrida casi antes de nacer y yo me vendía al mejor postor. Estos ojos han visto cosas que harían palidecer hasta a un absorto pero lo que contemplaron entonces ni lo había visto todavía. Y, a fe mía, no volveré a ver si lo puedo evitar. No diré ni el tiempo ni el lugar. Asaltamos una morada de gentilhombres y saqueamos el lugar. Entré en una habitación y me encontré con una niña de apenas ocho años de edad –aquí la voz se le quebró–. Ya llevaba una daga en cada mano y ambas estaban teñidas de sangre. La muchacha me miró sonriendo y me dijo: “gentilhombre, seguro que vuestro acero siempre lo usáis para hacer el bien. Es lo que siempre dice mi padre”. Yo ni supe ni pude contestar. Posiblemente ese padre del que hablaba ya había alcanzado, por mis manos, la Santísima Trinidad. Por primera vez despertó en mí eso que algunos llaman conciencia. No podía, no debía matar a ese ángel, por muchos maravedíes que me dieran. Apenas había tomado esta resolución un disparo de bala atravesó el corazón de la niña. Un peón cualquiera, entrando en la habitación tras de mí, se había llevado al ángel con su Dios. Pero con ese disparo me había convertido a mí en otro ángel: en un ángel exterminador.

¿Qué hizo vuestra merced?

Acabó con todos –dijo el joven de negro sombrero y negra pluma, al ver que “dos dagas” no respondía embargado por la emoción–. Ningún usurpador quedó con vida aquella noche.

Tampoco yo –dijo dos dagas, reponiéndose–. Algo murió en mí aquella noche y nació algo peor.

O algo mejor –dijo el hombre que oscurecía su rostro–. Desde entonces “dos dagas” vende sus servicios pero no su alma. No servirá a ningún usurpador pero os cobrará la mitad de sus servicios si vuestra intención es separar el cuerpo de su alma de alguno de su facción. Cobra bien sus servicios y concluye a la perfección sus muchos trabajos y no encontrará, os lo aseguro, alma mejor en el manejo de la daga. Y daga digo que no puñal, porque “dos dagas” nunca hace traición. Pero si observa que cometéis alguna injusticia contra un inocente o un menor él os ejecutará a vos. Os lo aseguro. No importa allende vayáis o que más allá del mar os escondáis. Si le dejáis con vida más pronto o más tarde otros encontraran vuestro cadáver con dos dagas atravesando vuestro corazón. Vuestra merced ha expuesto sus condiciones y nosotros nuestra condición. Si, además, nos contratáis a pares, nuestra oferta es mejor.

Sinceros sois y parecéis leales. Y, por lo que veo, no os falta valor. Meditarlo largo y tendido debo pero si quisiera, en su momento, contratar vuestros servicios, ¿Dónde os podría encontrar?

Nosotros le encontraremos a vos –dijeron, a la vez, los dos–.

**BREVE DESCRIPCIÓN DE LA PERSONALIDAD DE “DOS DAGAS”**

Su aspecto es desaliñado. Barba de algunos días y mal cuidada. Peina canas y sus cabellos oscilan entre el gris y el puro blando. No es alto ni fuerte. Incluso parece encorvado. Lleva una túnica andrajosa, como si se hubiese autoimpuesto una penitencia propia de algunas órdenes religiosas de su tiempo. Lleva visiblemente una daga en una cuerda que hace las veces de cinto. Sabe usarla y, sin embargo, no es la que utiliza de ordinario. Sus enemigos en ella se fijan cuando es otra la que ya tiene en la mano. Una más pequeña, del tamaño de una punta de flecha aunque más estrecha y algo más larga. Sin empuñadura. Apenas un orificio por donde lanzarla con los dedos en su extremo. Al pesar mucho menos llega más rápido y más lejos. Y con facilidad penetra carne y acero. Aunque se diga que tiene tan sólo dos dagas, de hecho, como esa tiene muchas bajo la túnica. Poco espacio ocupa y puede llevarlas.

Un buen observador descubrirá que el aspecto de “dos dagas” también es un arma. En efecto, no son pocos los que, habiéndolo despreciado por su apariencia en un principio, han encontrado su tumba mucho más pronto de lo que desearían. No lleva armas de fuego ni espada. Tampoco parece que lleve gruesa armadura tras su penitente túnica.

Me imagino a “dos dagas” llevándose la mano izquierda al oído, como haciéndose el sordo, por un lado. Mientras, en la otra mano, va dejando caer suavemente una de esas pequeñas dagas por la manga del otro brazo.

Se me ocurrió que podría tener la habilidad de comenzar la partida como “antagonista” sin que nadie de la cuadrilla enemiga pudiera atacarle ni dispararle, confundiéndole con un antagonista más hasta que disparara su primera daga. Al no tener buena armadura ni arma de fuego, esa habilidad “compensaría” sus otras carencias.

No he jugado ni una sola vez a este juego. Lo conocí por primera vez a través de fanhammer y me ha encantado el trasfondo, el lenguaje y las miniaturas. No sé si es posible jugar con un mercenario que se presta a todas las facciones menos a una pero me pareció una opción y una historia interesante. Tampoco sé si se pueden “contratar” dos mercenarios como si fuesen uno, en plan “Legolas y Gimli” (aunque no fuesen mercenarios), “Gotrek y Félix” pero también me parecía una opción interesante con una historia particular. Sólo que esta vez, en lugar de dos amigos podrían ser “discípulo” y “maestro” (eso sí, un discípulo y un maestro bastante peculiares. El siguiente mercenario –la sombra– podría ir siempre con “dos dagas” pero también podrían ir por separado, así como sus historias. He preferido contarlas de manera continuada pero podrían hacerse perfectamente por separado. De ahí que el comienzo de ambas sea exactamente el mismo, aunque la historia sea diferente.